

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

CICLO A

2ª Lectura (1 Cor. 2, 1-5)



“Os he anunciado a Cristo crucificado”

«Hermanos: Cuando vine a vosotros a anunciaros el testimonio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna sino a Jesucristo, y éste crucificado.

Me presenté a vosotros débil y temeroso; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.» (1 Cor. 2, 1-5).

“Hermanos: Cuando vine a vosotros a anunciaros el testimonio de Dios”: Se comprende mejor la postura que adopta ahora S. Pablo en la predicación a los corintios a la luz del fracaso ateniense y del acontecimiento fundacional de la comunidad de Corinto, expresado en los Hechos de los Apóstoles:

«Después de esto marchó (S. Pablo) de Atenas y llegó a Corinto... Cada sábado en la sinagoga discutía, y se esforzaba por convencer a judíos y griegos... Pablo se dedicó enteramente a la Palabra, dando testimonio ante los judíos de que el Cristo era Jesús. Como ellos se opusiesen y profiriesen blasfemias, sacudió sus vestidos y les dijo: “Vuestra sangre recaiga sobre vuestra cabeza; yo soy inocente y desde ahora me dirigiré a los gentiles.” Crispo, el jefe de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa; y otros muchos corintios al oír a Pablo creyeron y recibieron el bautismo. El Señor dijo a Pablo durante la noche en una visión: “No tengas miedo... pues tengo yo un pueblo numeroso en esta ciudad.” Y permaneció allí un año y seis meses, enseñando entre ellos la Palabra de Dios.» (Hech. 18, 1, 4-6, 8-11).

En Atenas llegaron a burlarse de S. Pablo al tocar el tema de la resurrección de entre los muertos:

«Al oír la resurrección de los muertos, unos se burlaron y otros dijeron: “Sobre esto ya te oiremos otra vez.”» (Hech. 17, 32).

El acercamiento de S. Pablo a los corintios tiene como motivación fundamental **“anunciar el testimonio de Dios”**. No se pierde en pedagogías, folclores, sistemas, etc. Va al grano: **“el testimonio de Dios”**.

“No lo hice con sublime elocuencia o sabiduría”: No quiere usar S. Pablo recursos humanos para asentar realidades divinas. Descalifica-

ciones como ésta de las artes mundanas en orden a la salvación son frecuentes en S. Pablo.

S. Pablo enseña de modo contundente que la evangelización no se apoya en valores y estrategias humanas, sino en la fuerza y sabiduría de Dios.

“Pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna sino a Jesucristo”: Toda la ciencia adquirida por S. Pablo durante su vida la considera como nada ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús:

«Juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo.» (Hech. 17, 32).

“Y éste crucificado”: No hacen falta florituras para presentar a Jesús crucificado. Por otra parte, quien crea, no creará por las florituras, sino por el poder de Dios, que hace aceptar lo inaceptable: la vida muerta, pero que resucita.

Si ante los atenienses S. Pablo silenció la cruz de Cristo, entre los corintios no será así: *“nunca entre vosotros me precié”*. La lección la aprendió en Atenas muy bien y por ello no caerá en la misma trampa en Corinto.

El cristiano puede ignorar otras cuestiones humanas, incluso teológicas, pues no todo cristiano es sabio, pero de lo que de ninguna manera puede estar ayuno el cristiano es de la cruz de Cristo Jesús.

S. Pablo se da prisa para que aprendan los corintios esta lección de la cruz, aunque ignoren la retórica, o la geografía u otra enseñanza no necesaria para la vida eterna.

El saber sobre Jesucristo crucificado tiene en S. Pablo una connotación de inserción y participación en la misma cruz del Señor. Y la cruz no es un adorno deportivo, sino una participación en la muerte del Señor, pero también una participación en su resurrección. ¡Dios sea bendito por los siglos!

“Me presenté a vosotros débil”: Se presentó S. Pablo con ánimo humanamente muy poco a propósito para realizar grandes conversiones, pero el resultado fue bueno.

Su cambio de actitud con respecto a Atenas lo tienes expresado en el reconocimiento que hacen los corintios ante la postura adoptada por S. Pablo en su predicación:

«Porque se dice que las cartas son severas y fuertes, mientras que la presencia del cuerpo es pobre y la palabra despreciable.» (2 Cor. 10, 10).

Se presentó S. Pablo en Corinto sin pretensiones de liderazgos envidiosos que desplazan a Nuestro Señor Jesucristo, más bien se presentó en su condición indigente, “débil”, dejando que resplandezca la acción de Dios en su instrumento “débil”:

*«En último término se me apareció también a mí, como a un **abortivo**. Pues yo soy el **último** de los apóstoles: **indigno** del nombre de apóstol, por haber perseguido a la Iglesia de Dios.» (1 Cor. 15, 8-9).*

“Y temeroso”: No está teatralizando S. Pablo, sino expresando su estado interior de ánimo y desconfianza de sí mismo, frente a la sublimidad del mensaje que tiene que predicar a los corintios.

«PROVOCAR PERSECUCIÓN.

*Como predicaba a Cristo en la necedad de la humana sabiduría, Pablo provocaba que le odieran y que fuera perseguido por anunciar una doctrina vacía y ofensiva para judíos y gentiles.» (AMBROSIÁSTER, **Comentario a la Primera Carta a los Corintios**; CSEL 81/2, 22).*

De ninguna manera pretende S. Pablo suplantar a Dios en nada, cosa que lo llena de temor, más bien se ofrece como instrumento en sus manos para que Dios pueda llevar adelante su proyecto de salvación del hombre.

“Mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana”: Los dos sustantivos “palabra” y “predicación” pueden denominar una misma realidad, pero un sustantivo refuerza al otro. Es un

modo de dar énfasis a su modo de obrar: que *“no fue con persuasiva sabiduría humana”*.

Pero también puede referirse S. Pablo a *“palabra”* como expresión para designar su predicación más privada o familiar, y reservar el término *“predicación”* para la predicación más pública y oficial.

En cualquiera de los casos, S. Pablo no quiere usar la retórica *“persuasiva”* sofista helena, o latina de la época, pues bien sabe que los valores humanos no tienen fuerza eficaz para asumir el escándalo de la cruz de Cristo Jesús.

“Sino en la manifestación y el poder del Espíritu”: De este modo quedó bien claro que la fe no se apoya en la sabiduría y pericia de los hombres, sino en el poder de Dios, para que toda la gloria sea de Dios. Y cuanto menos artificio humano use el predicador, mayor patencia quedará a todas las generaciones del *“poder del Espíritu”*.

¿Quiere decir S. Pablo que el Espíritu de Dios tanto más se manifestará en el predicador, cuantos menos artificios humanos use? –Así parece deducirse al menos. Pues si el predicador usa sabiduría humana, ¿cómo quedará patente la sabiduría y el poder divino?

«Os fue predicado nuestro Evangelio no sólo con palabras sino también con poder y con el Espíritu Santo, con plena persuasión.» (1 Tes. 1, 5).

Cuando el predicador pretende persuadir a los fieles con su pericia oratoria, se engaña, pues está poniéndose por delante del Espíritu de Dios: ¿Dónde queda aquí *“el poder del Espíritu”*? ¡El fracaso es seguro! El *“poder”* no lo tiene el orador, sino el Espíritu de Dios.

“Para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”: Una fe que *“se apoya en la sabiduría de los hombres”*, es una fe condenada al fracaso, pues el hombre es inconsistente para sostenerse incluso a sí mismo, mucho menos a los demás. Sólo Dios es capaz de sostener todo cuanto Él ha hecho.

Dios eligió la locura de la cruz, S. Pablo elige la necesidad de la sabiduría, según una valoración mundana; pero en medio de tanta aparente

necedad, resplandece con fuerza la sabiduría y poder divinos, que confunden a los sabios de este mundo dejándolos deslumbrados:

«Los discursos de la sabiduría humana son persuasivos por sí mismos (v. 4). Producen en los oyentes una adhesión puramente humana (v. 5). Esto es lo que S. Pablo rechaza. Su palabra es ciertamente una demostración (v.4), porque manifiesta la acción del Espíritu; pero exige una adhesión de un orden distinto: del Espíritu.» (Nota de la BIBLIA DE JERUSALÉN).

3ª Lectura (Mt. 5, 13-16)



“Vosotros sois la luz del mundo”

«En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: –Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente.

Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una vela para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbré a todos los de casa.

Alumbre así vuestra luz a los hombres para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo.» (Mt. 5, 13-16).

Tres microparábolas indican la excelencia de los seguidores de Cristo Jesús:

- La **sal** de la tierra.
- La **luz** del mundo.
- La **ciudad** edificada en lo alto de un monte.

“Vosotros sois la sal de la tierra”:

- La sal *condimenta* los alimentos. Así los discípulos de Jesús hacen sabrosa para Dios y para los hermanos la existencia terrena de los hombres.
- La sal hace *agradable al paladar* los alimentos. Todo apóstol cristiano hace que la doctrina de Cristo sea escuchada con deleite, a imitación de Cristo Jesús, que atraía con su gracia a las gentes:

«*Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre.*» (Jn. 7. 46).

Pero si la doctrina hace sabrosa la existencia de los cristianos, mucho más lo debe ser su vida intachable, fundamentalmente con sus obras de amor fraterno.

- La sal *preserva de la corrupción*. Así los discípulos de Jesús preservan a los hombres de la corrupción del pecado, haciendo de este mundo un lugar de salvación: moralidad, integridad, honestidad, pureza, honradez, virtud...
- Es figura o *símbolo de la sabiduría*. Así los discípulos de Jesús introducen en la ignorancia terrena una sabiduría que ningún mortal puede adquirir.
- Es el *condimento agradable a Dios*, según consta en la ofrenda de la Alianza Antigua:

«*Todo lo reservado de las cosas sagradas que los israelitas reservan a Yahveh, te lo doy a ti (a Aarón) y a tus hijos e hijas, por decreto perpetuo. Alianza de sal es ésta, para siempre, delante de Yahveh, para ti y tu descendencia.*» (Núm. 18, 19).

«*Sazonarás con sal toda oblación que ofrezcas; en ninguna de tus oblationes permitirás que falte nunca la sal de la alianza de tu Dios; en todas tus ofrendas ofrecerás sal.*» (Lev. 2. 13).

De esta suerte los pobres hombres pecadores, evangelizados por los discípulos de Jesús, que son la sal de la Nueva Alianza, se hacen aceptos y gratos a Dios, pues son sazonados con la nueva sal eclesial.

Deduces de aquí la importancia que tiene tu vida preciosa en las manos de Dios y al servicio del Reino de los cielos.

Muy consciente era S. Pablo apóstol de esta vertiente cristiana, y por ello exhorta a los cristianos de Colosas para que colaboren ellos también en la propagación del Evangelio:

*«Sed perseverantes en la oración, velando en ella con acción de gracias; orad al mismo tiempo también por nosotros para que Dios nos abra una puerta a la Palabra, y **podamos anunciar el Misterio de Cristo**, por cuya causa estoy yo encarcelado, para darlo a conocer anunciándolo como debo hacerlo. Portaos prudentemente con los de fuera, aprovechando bien el tiempo presente. **Que vuestra conversación sea siempre amena, sazónada con sal**, sabiendo responder a cada cual como conviene.» (Col. 4, 2-6).*

«COMIDAS CONDIMENTADAS CON SAL

La sal es útil para tantas cosas en la vida de los hombres. ¿Por qué hay que mencionarla también? Ahora es el momento adecuado para decir por qué los discípulos de Jesús son comparados con la sal. Creo que como la sal preserva la carne de corromperse en mal olor y gusanos y hace que sea utilizable por más tiempo, y si no, no duraría, de la misma manera los discípulos de Cristo sostienen este mundo y vencen sobre el mal olor de los pecados que proceden de la idolatría y de la fornicación.» (ORÍGENES, Fragmentos sobre el Evangelio de Mateo, 91; GCS 41/1, 52).

«LOS CRISTIANOS, ALMA DEL MUNDO.

VI. 1. Mas, para decirlo brevemente, lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo. 2. El alma está esparcida por todos los miembros del cuerpo y cristianos hay por todas las ciudades del mundo. 3. Habita el alma en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; así los cristianos habitan en el mundo, pero no son del mundo. 4. El alma invisible está encerrada en la cárcel del cuerpo visible; así los cristianos son conocidos como quienes viven en el mundo, pero su religión sigue siendo invisible. 5. La carne aborrece y combate al alma, sin haber recibido agravio alguno de ella, porque no le deja gozar de los placeres; a los cristianos los aborrece el mundo, sin haber recibido agravio de ellos, porque renuncian a los placeres. 6. El alma ama a la carne y a los miembros que la aborrecen, y los cristianos aman también a los que los odian. 7. El alma está encerrada en el cuerpo, pero ella es la que mantiene unido al cuerpo; así los cristianos están detenidos en el mundo, como en la cárcel, pero ellos son los que mantienen la trabazón del mundo. 8. El alma inmortal habita en una tienda mortal; así los cristianos viven de paso en moradas corruptibles, mientras esperan la incorrupción en los cielos. 9. El alma, maltratada en comidas y bebidas, se mejora; lo mismo los cristianos, castigados de muerte cada día, se multiplican más y más. 10. Tal es el puesto que Dios les señaló y no les es lícito desertar de él.» (Carta a

Diogneto, VI; RUIZ BUENO, D., *Padres Apostólicos*, 5ª ed. [Madrid, BAC 65, 1985] Pág. 851-852).

“Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán?”: Es decir, si la sal no es capaz de salvar. ¿Y en qué consiste esa impotencia saludable?:

- Sal sosa es un cristiano que *no cristianiza*.
- Sal sosa es un cristiano que *disimula*.
- Sal sosa es un cristiano que *no sazona*.
- Sal sosa es un cristiano que *no conserva*.

“No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente”: A este propósito decía S. Juan Crisóstomo:

*«Lo que hay que temer no es el mal que digan contra vosotros, sino la **simulación** de vuestra parte; entonces sí que perderíais vuestro sabor y seríais pisoteados. Pero, si no cejáis en presentar el mensaje con toda su austeridad, si después oís hablar mal de vosotros, alegraos. Porque lo propio de la sal es morder y escocer a los que llevan una vida de molicie.*

Por tanto, estas maledicencias son inevitables y en nada os perjudicarán, antes serán prueba de vuestra firmeza. Mas si, por temor a ellas, cedéis en la vehemencia conveniente, peor será vuestro sufrimiento, ya que entonces todos hablarán mal de vosotros y todos os despreciarán; en esto consiste el ser pisoteado por la gente.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilía 15, 6-7; PG 57, 231-232; Breviario IV (1981) Pág. 89; Domingo XX del Tiempo Ordinario, Oficio de Lectura).

¡Así es el mundo!: hagas bien, hagas mal, hablarán mal. ¡Pues que sea sin motivo!: sé sal, porque no hay sal para la sal, ni predicador para sazonar al predicador.

La sal no quita el sabor del alimento, lo conserva. La predicación se puede convertir en un absolutismo demagógico y dictatorial, pretendiendo hacer a todos a imagen y semejanza de uno mismo, pretensión que sólo le corresponde a Dios.

La gracia supone y perfecciona la naturaleza, no la transmuta.

«NO PERDER EL SABOR.

Exhorta a los llamados sal de la tierra a permanecer en la virtud del poder que les ha transmitido, y así no puedan salar a los que han perdido el sabor o, perdiendo ellos mismos el sabor que han recibido, no puedan devolver a la vida lo que está corrompido, y que, rechazados de los arcones de la Iglesia con aquellos que han sazonado, sean pisoteados por los que entran.» (S. HILARIO DE POITIERS, Sobre el Evangelio de Mateo, 4, 10; SC 254, 128).

«LA SAL DESVIRTUADA.

Muestra que se desvirtúan aquellos que, aunque debían permanecer fieles y estables al haber sido una vez instruidos por la fe y la sabiduría celeste, abandonando la fe y la sabiduría divina caen en la herejía o vuelven a la necedad de los gentiles. Y por eso dice: “Si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará?” Porque semejantes hombres, desvirtuados con el engaño del diablo, se desvanecen una vez perdida la gracia de la fe. Y aunque habrían podido condimentar con la palabra de la predicación divina a otros no creyentes y lejanos todavía de la fe, se hicieron inútiles incluso para sí mismos. En fin: Judas Iscariote había sido sal como ésta de la que hablamos; pero después que hubo rechazado la divina sabiduría y pasó de apóstol a apóstata, no sólo no pudo favorecer a otros, sino que se hizo para sí mismo mísero e inútil.» (CROMACIO DE AQUILEYA, Comentario al Evangelio de Mateo, 18, 4, 1-2; CCL 9A 282).

“Vosotros sois la luz del mundo”: Es decir, vosotros sois toda y la única luz que alumbra a este mundo miserable, sumido en las pesadas tinieblas del pecado.

Así predicaba el profeta Isaías de Nuestro Señor Jesucristo, diciendo que era una luz grandiosa:

*«El pueblo que andaba a oscuras vio una **luz grande**. Los que vivían en tierra de sombras, una luz brilló sobre ellos.» (Is. 9. 1-2).*

*«Te he destinado a ser alianza del pueblo y **luz de las gentes**, para abrir los ojos ciegos, para sacar del calabozo al preso, de la cárcel a los que viven en tinieblas.» (Is. 42, 6-7).*

*«Te voy a poner por **luz de las gentes**, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra.» (Is. 49, 6).*

Jesús mismo dijo de sí:

«Yo soy la **luz del mundo**; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida.» (Jn. 8, 12).

«Mientras estoy en el mundo, soy **luz del mundo**.» (Jn. 9, 5; cf. 12, 35-36, 46).

«En él estaba la vida y la vida era la **luz de los hombres**, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron.» (Jn. 1, 4-5).

«El Verbo era la **luz verdadera que ilumina** a todo hombre que viene a este mundo.» (Jn. 1, 9).

Jesús es luz, pero ahora también los discípulos íntimos son luz: la que recibieron de Jesús.

La luz-gloria de Dios *reverbera* en la faz de Cristo, y de ella al corazón de los apóstoles, y por los apóstoles al mundo: la “iluminación” es el Evangelio. De aquí que *sin unión con Cristo no hay luz-gloria*, no se es luz del mundo (cf. 2 Cor. 3, 12-4, 6).

Como Cristo es la luz del Padre:

«Siendo **resplandor de su gloria** (del Padre) e *impronta de su sustancia*, y el que sostiene todo con su palabra poderosa.» (Hebr. 1, 3).

Así los apóstoles son luz de Cristo.

Si tu luz no es de Cristo, sino del mundo, es porque te falta la unión con Cristo para que reverbere su luz-gloria en ti.

La irradiación de esa claridad gloriosa se supone “inmanente”: es la fuerza del Evangelio, que se predica con obras (v. 16), las bienaventuranzas proclamadas por medio de su encarnación en la propia vida.

S. Pablo llama a esa luz gloriosa inmanente: “*Palabra de vida*” en medio de las tinieblas del paganismo:

«Para que *seáis irreprochables e inocentes, hijos de Dios sin tacha en medio de una generación tortuosa y perversa, en medio de la cual brilláis como antorchas en el mundo, presentándole la **Palabra de vida***»

para orgullo mío en el Día de Cristo, ya que no habré corrido ni me habré fatigado en vano.» (Filp. 2, 15-16).

Pero el mundo se jacta de ser también luz y guía, aunque de ciegos y para las tinieblas:

«Y te jactas de ser guía de ciegos, luz de los que andan en tinieblas, educador de ignorantes, maestro de niños, porque posees en la ley la expresión misma de la ciencia y de la verdad... pues bien, tú que instruyes a los otros ¡a ti mismo no te instruyes! Predicas: ¡no robar!, y ¡robas! Prohíbes el adulterio, y ¡adulteras! Aborreces los ídolos, y ¡saqueas sus templos! Tú que te glorías en la ley, transgrediéndola deshonoras a Dios. Porque, como dice la Escritura, el nombre de Dios, por vuestra causa, es blasfemado entre las naciones.» (Rom. 2, 19-24).

La imagen de la “luz” en la Biblia no es precisamente intelectual, sino vital. Los cristianos son “luz del mundo” no precisamente como maestros, sino como santos:

*«Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor. Vivid como hijos de la luz; pues **el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad.**» (Ef. 5, 8-9; cf. Jn. 8, 12; 1 Tes. 5, 4-11; 1 Jn. 1, 5-7; 2, 9-11).*

La luz no puede menos de ser “irradiante”. El apóstol debe ser irradiante. Su santidad traducida en obras es por sí misma irradiante.

(Cf. GOMÁ, I., *El Evangelio según S. Mateo*, 3ª ed. [Barcelona, Facultad de Teología de Barcelona, Sección San Paciano, 1980] T. I, p. 248-249).

¿Qué es ser luz? –Resplandecer, alumbrar, brillar, iluminar lo que está en tinieblas para hacerlo visible.

¿Visible a quién? –Visible al mundo.

¿Qué hace la luz? –Suavemente alumbrando y calentando la gélida oscuridad y lóbreguez de cada alma humana. En esos recónditos repliegues de la miseria del hombre guarecen, agonizantes, solapadas tinieblas, que, odiando la luz, temen su presencia como el malvado teme su condena.

Las tinieblas no sólo temen la luz, sino que la odian con un odio letal; porque las tinieblas encubren vergüenza y miserias enemigas de la luz. A ti también te temerán en lo profundo del corazón y te odiarán porque alumbras y pones de manifiesto esas miserias y esas vergüenzas, que alumbradas, ahogan el alma. Y esto a nadie agrada. En fin, si a Dios odian y mataron, qué mucho que a ti te odien y maten.

Vivir la vida del Espíritu es vivir la vida de Dios, y vivir la vida de Dios es ser luz que alumbra necesariamente y sofoca las tinieblas, como el sol disipa las tenebrosas sombras de la noche, hasta las cavernas del ocaso. La luz y las tinieblas son antagónicas: o luz o tinieblas. De aquí la perpetua lucha que existe entre ti, luz, y las tres dominantes tinieblas: demonio, mundo y carne.

Podrás derrotar al demonio y a sus secuaces, y también a la carne infecta; mas para derrotar al mundo has de ser derrotado por él, a semejanza de tu Maestro en el Calvario, derrotado hasta el extremo. Pero el mundo se engaña, porque esta es la victoria de la luz sobre las tinieblas de este mundo: el fracaso de la Cruz.

“No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte”:

«LA CIUDAD SANTA.

¿Cuál es esta ciudad? La Iglesia de los santos, de la que el profeta dice: “¡Grandezas se dicen de ti, ciudad de Dios!” (Sal. 86, 3). Es más, sus ciudadanos son todos los creyentes de quienes dice el Apóstol: “Vosotros sois conciudadanos con los santos y domésticos de Dios.” (Ef. 2, 19).» (ANÓNIMO, Obra Incompleta sobre el Evangelio de Mateo, 10; PG 56, 686).

Todos los predicadores de Cristo Jesús son luz de Cristo. No tienen luz propia, sino apropiada, es decir, recibida de Cristo Jesús. No pueden, por tanto, inventar fuegos fatuos, sino transmitir la luz de la fe que han recibido de la Iglesia y en la Iglesia. Y porque el puesto que ocupan los cristianos en el mundo, con motivo de su palabra y vida ejemplar, sobresale de entre las demás gentes terrenas, son comparados por Jesús con una ciudad edificada en lo alto de un monte, cosa que no puede pasar desapercibida al resto de los mortales.

Necesariamente la luz del predicador de la verdad alumbró a todo hombre que viene a este mundo:

«Para que seáis irreprochables e inocentes, hijos de Dios sin tacha en medio de una generación tortuosa y perversa, en medio de la cual brilláis como antorchas en el mundo, presentándole la Palabra de vida.» (Filp. 2, 15-16).

“Tampoco se enciende una vela para meterla debajo del celemin”: Las cosas tienen una utilidad y nadie obra contra la naturaleza esencial de las cosas. Así nadie guarda el fuego bajo el agua, ni el agua en saco roto, ni las joyas en las puertas del ladrón... ¿Por qué entonces ocultar la luz divina bajo apariencias de civilización, de madurez histórica, o de cualquier otra sandez inventada por el padre de este mundo, Satanás? (cf. Jn. 12, 31; 14, 30; 16, 11; 1 Cor. 2, 6, 8; 2 Cor. 4, 4; Ef. 6, 12).

En fin, hermanos, luz es el cristiano, y celemín el mundano:

«LA LÁMPARA DEBAJO DEL CELEMÍN.

“Celemín” significa la maldad y “lámpara” la virtud. ¿A qué se refiere, entonces, el Salvador cuando dice que algunos ponen la lámpara debajo del celemin? Es que llama “celemín” a la maldad y “lámpara” a la virtud. Igual que quienes van a cometer algún acto ilícito, que se van a lo oscuro evitando la luz, así también quienes obran maldad esconden la virtud bajo aquella, a fin de que parezca que no han hecho nada malo, sino bueno incluso.» (TEODORO DE MOPSUESTIA, Fragmentos sobre el Evangelio de Mateo, 26; MKGK 105).

“Sino para ponerla en el candelero”: En el candelero de la cruz. Desde la cruz irradia Cristo destellos de luz, como lo son los sacramentos, como lo es su infinito amor, su Evangelio, su donación del Padre y del Espíritu Santo... El candelero de la cruz es la victoria definitiva sobre el dominio de las tinieblas.

Pasó el reino de las sombras, ahora vives alumbrado por la Luz que mana a raudales del divino candelabro de la cruz de Cristo crucificado. Pues así tú, que eres hijo de la Luz, alumbras cuando sales del escondrijo del celemin, que es el pecado y toda imperfección, y asciendes a lo alto del sublime candelabro de tu cruz, que es una vida perfecta: vida de amor.

“Y que alumbre a todos los de casa”: Alumbre a todos los que están en la casa de este mundo.

No es cierta la doctrina de los que ocultan el Evangelio para no chocar con las tinieblas del mundo diabólico. La luz es para que ilumine en las tinieblas mundanales, no para ocultarla. Ya sabía Jesús que a muchos no les iba a agradar el que quedasen de manifiesto sus tinieblas mundanas, y, sin embargo, Jesús predica. Así tú, predica, si no quieres convertirte en tenebroso celemín diabólico.

Hoy se quiere hacer pasar como moneda de cambio la idea de que cualquier postura ideológica, religiosa, política, cultural, etc. es válida para que el hombre pueda alcanzar el fin que Dios le tiene preparado. Pero eso no es verdad, sino que Jesús te manda iluminar a todos los hombres que comparten contigo esta casa temporal de este mundo, y esto bajo condenación eterna:

«Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará.» (Mc. 16, 15).

“Alumbre así vuestra luz a los hombres”: Hay quienes buscan una lumbrera, y no son pocos, pero no la hallan, porque las candelas de los hijos de la Luz escasean, pues se empaparon de oscuridad tenebrosa. Pero *“vosotros sois la luz del mundo”*. Pues que brille esa luz ante los hombres de buena voluntad.

Brille la luz para quienes la buscan, aunque engendre odios en quienes la odian:

«¿Cómo se explica el que la verdad engendre odios, y que se tenga por enemigo al siervo tuyo que la predica, siendo así que la felicidad está en el gozo en la verdad? La explicación es una: los hombres dicen amar la verdad, pero quieren a toda costa que sea verdad aquello que les interesa. A la verdad verdadera la odian por el amor que tienen a esas cosas que pusieron en lugar de ella. Aman la verdad cuando les resplandece, pero no cuando los reprende. Están en la situación de quien se halla dispuesto a engañar, pero no admite ser engañado. Aman la verdad cuando se les manifiesta con evidencia, pero no cuando ella los pone en evidencia. Así es, así es el corazón humano. Ciego y enfermo, torpe e

indecente, quiere ocultarse pero que a él nada se le oculte. En consecuencia, su castigo consiste en que él no puede ocultarse a la verdad, mientras que la verdad sí se le oculta a él. Y con todo, en esta miseria prefiere gozarse en la verdad y no en la mentira. Y sólo llegará a ser feliz cuando sin estorbos ni interferencias sea capaz de gozarse en aquella verdad por la cual son verdaderas todas las cosas.» (S. AGUSTÍN, Confesiones, X, 23, 2).

“Para que vean vuestras buenas obras”: Ten en cuenta que no basta la sola predicación de la doctrina evangélica; la han de acompañar las buenas obras, las obras conformes en todo a los principios que se predicán:

«PERMITIR QUE LA LUZ RESPLANDEZCA

El doctor debe equiparse con todas las virtudes. Debe ser pobre para poder castigar la avaricia con una voz libre. Debe lamentar siempre el placer desordenado, tanto en él como en otros, para confundir a los que no vacilan antes de pecar ni, después de pecar, se entristecen porque han pecado. Así, debe suspirar y lamentarse para mostrar que este mundo es difícil y peligroso para el creyente. Debe tener hambre y sed de justicia con el fin de contar con la fuerza necesaria para despertar por medio de la palabra de Dios a los que son perezosos para las buenas obras. Sabe usar el látigo del reproche, pero más con su ejemplo que con su palabra. Debe ser manso y regir la Iglesia, más por medio de la misericordia que por medio del castigo. Desea más ser amado que temido. Debe ser compasivo con los otros y exigente consigo mismo. Para él se impone una carga pesada a causa de la justicia, mas ligera para los demás. Debe ser limpio de corazón. No se enreda con los asuntos terrenales; es más, ni piensa en ellos.» (ANÓNIMO, Obra Incompleta sobre el Evangelio de Mateo, 10; PG 56, 684-685).

“Y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo”: Ésta es la finalidad de la vida del hombre sobre la tierra. Éste fue el fin que tuvo Dios al crear al hombre. Éste sería un resumen sintético del “Principio y Fundamento” de S. Ignacio de Loyola en sus Ejercicios Espirituales. La gloria de Dios debe ser tu gloria, como lo fue la de Cristo Jesús. Y lo será en la medida en que tu vida sea una réplica de la vida de Nuestro Señor Jesucristo.

Nótese que la gloria al Padre viene causada explícitamente por las obras. Que sean las obras las que glorifiquen. Es cierto que quien da gloria

es la persona humana, pero Jesús quiso eludir un engaño, y por ello alude a las obras. Obras, hermano, obras. Hay demasiada garrulería engañosa y pseudomística que presenta un pasaporte fraudulento. Cuando llegue a la aduana de la eternidad, no pasará. Serán las obras imitadoras de las obras de Cristo Jesús las que harán santa a la persona humana, no la garrulería piadosa:

«*No todo el que me diga: “Señor, Señor”, entrará en el Reino de los Cielos, sino **el que haga la voluntad de mi Padre** celestial.*» (Mt. 7, 21).

«*No son justos delante de Dios los que oyen la ley, sino **los que la cumplen**: éstos serán justificados.*» (Rom. 2, 13).

«***Poned por obra** la Palabra y no os contentéis sólo con oírla, engañándoos a vosotros mismos.*» (Sant. 1, 22).

«*Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con **obras** y según la verdad.*» (1 Jn. 3, 18).

«*Nos eligió de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para **alabanza de la gloria** de su gracia.*» (Ef. 1, 5-6).